

Cuadernos de Abstracción, 7:32 (2005), pp. 181-202

PLURALISMO Y MODERACIÓN

Las elecciones vascas de 2005

Francisco J. Llera y Rafael Leonisio (*)

El análisis de unas elecciones conviene hacerlo en la perspectiva del ciclo político en el que se producen, la arena política en que se juegan (nacional, regional o local), además de tener en cuenta, obviamente, el contexto de la legislatura que termina y las ofertas y el desarrollo de la campaña correspondiente. Estas octavas elecciones autonómicas vascas del domingo 17 de abril pueden suponer el final del ciclo iniciado en 1998 en Estella, caracterizado por la radicalización frentista y la política de adversarios. Se trata de un ciclo, por lo demás, en el que se agudizan todas las anomalías democráticas que lastran la competición política vasca desde el inicio del proceso autonómico. En particular, la intimidación producida por el terrorismo nacionalista, la falta de libertad y la desigualdad de oportunidades de los sectores no nacionalistas, la exclusión y expulsión de los mismos, el control social y la hegemonía nacionalista de todo el entramado institucional y la división y crispación de la propia sociedad vasca por efecto de la política nacionalista.

Unas elecciones producen la representación política de la voluntad popular y gobierno de la sociedad para el ciclo político inmediato. Suponen un ajuste de cuentas con el pasado inmediato y marcan el margen de maniobra que la ciudadanía otorga a sus líderes políticos para garantizar la gobernabilidad y la administración de los recursos públicos, de acuerdo con las ofertas programáticas de cada partido. Aunque hablemos de voluntad popular en singular, obviamente, ésta es plural, como lo son sus movimientos electorales. Los mensajes que el comportamiento electoral de los ciudadanos nos transmiten son, por tanto, inter-

(*) Francisco J. Llera es Catedrático de Ciencia Política de la Universidad del País Vasco, Director del *Euskobarómetro* y autor de *Los Vascos y la Política*. Rafael Leonisio es becario de investigación.

pretables y pueden ser contradictorios. En una democracia representativa, como la nuestra, esta tarea de interpretación política poselectoral es clave para acertar en la gobernabilidad de la sociedad. Esa es la responsabilidad de los políticos, sobre todo, pero la sociedad civil también debe y puede hacer y exigir sus cuentas en esta interpretación. La clave es acertar con la corriente de fondo, positiva o negativa, de la voluntad expresada en las urnas, así como con los mensajes complementarios. Esa es precisamente la razón de ser del «gobierno mayoritario», sea monocolor o de coalición e inclusivo o de concertación parlamentaria. El gobierno mayoritario que tienen que producir unas elecciones es el que garantice la máxima estabilidad y, sobre todo, productividad política. No parece que haya sido esto, precisamente, lo que ha sucedido o lo que se ha buscado en Euskadi en los últimos ocho años, al menos, desde el poder autonómico.

OCHO AÑOS PERDIDOS

Las dos legislaturas del ciclo iniciado en 1998 pueden considerarse, en cierto modo, perdidas. Con un gobierno *okupa*, que ha administrado clientelaramente un presupuesto (no sin trucos y dificultades), pero sin actividad legislativa relevante. Un gobierno en minoría para no tener que concertar su política radical, pero que se ha apoyado en, e instrumentalizado, el antisistema para ir tirando. De hecho, la séptima legislatura ha estado lastrada por las prórrogas presupuestarias, la inconstitucionalidad y los apuros, a veces nada ortodoxos, para sacar adelante los presupuestos en algunos ejercicios y la bajísima y poco relevante productividad legislativa (31 leyes aprobadas), que hacen de las dos últimas legislaturas las de menor rendimiento, junto con la frustrada de 1984. Este esquema de gobernación ha forzado, a su vez, la dinámica obstruccionista e irresponsable de una oposición sólo negativa. Pero, sobre todo, ha estado caracterizado, desde el inicio del pacto de Estella y la tregua-trampa, por la instrumentalización política o la legitimación de la capacidad de chantaje de opciones, claramente, antisistema y, sobre todo, vinculadas a la violencia terrorista. No digamos nada, si tal gobierno precario se lanza a la aventura de poner patas arriba, no sólo el entramado institucional fundacional sino la propia sociedad, y lo hace con la coartada buscada de la división irreductible, la ingobernabilidad o la irresponsabilidad de los demás actores de oposición. De otro modo, en lugar de dar prioridad al gobierno mayoritario y a la concertación, maximizando las corrientes democráticas de fondo, el nacionalismo vasco ha primado los intereses comunitaristas o de partido.

Esto es, precisamente, lo que ha hecho Ibarretxe en la legislatura anterior con su juego de máscaras, alimentando los factores

de desestabilización, chantaje o segmentación irresponsable, que le permitieron jugar un rebuscado, aunque eficaz, papel de víctima salvadora y fundacional. En el fondo de esta visión populista y plebiscitaria de la gobernación, profundamente antidemocrática, siempre late el empecinamiento inercial de una personalidad autoritaria. Esta dinámica ha sido posible gracias a la política de frentes inaugurada en el verano de 1998 en Estella por la concertación entre nacionalistas institucionales y violentos, buscando maximizar sus intereses comunitaristas aun a costa de romper en pedazos a la propia sociedad vasca y sin reparar en la profunda perversión política y moral de pactar, ilegítimamente, con terroristas o preferir concertarse con el antisistema antes que con las fuerzas democráticas. Esta estrategia y su política es la que nos llevó a una ruptura en dos de la sociedad vasca hace cuatro años, al provocar la reacción concertada de los constitucionalistas encabezados por el PP. Pero, todo apunta a que es la que han rechazado los vascos en las últimas urnas. Seguir en el empecinamiento, como si nada, retrasando el cambio de un ciclo de ocho años perdidos, es una grave irresponsabilidad de quienes por señalamiento mayoritario son los máximos responsables de marcar el rumbo de la nueva legislatura: el PNV, Ibarretxe y sus eventuales socios de gobierno.

La legislatura también ha estado marcada por el cambio estratégico del PSE-EE, la crisis y relevo en su secretaría general y, sobre todo, la ruptura con el PP, buscando una vía autónoma para la competición y la alternancia con el nacionalismo. La propia alternancia en el gobierno de la nación, el final de la era Aznar y los nuevos liderazgos nacionales tienen un impacto indudable en unos electorados autonomistas muy pendientes de los movimientos en la política nacional. Además, la forma en que se produce el relevo en el gobierno de la nación tras el dramático 11-M, la distinta interpretación política de aquellos acontecimientos, la difícil asunción de la derrota por parte del PP, la crisis final del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo, las polémicas con las asociaciones de víctimas y el choque frontal entre socialistas y populares, tuvieron consecuencias relevantes en la forma de movilizar al espacio constitucionalista en Euskadi. Ambos pugnan por liderarlo y, además, por conducirlo de forma diversa. A esto hay que añadir el cambio de liderazgo en ambos partidos: Patxi López sustituye a Nicolás Redondo, y María San Gil a Jaime Mayor. No es menos relevante el efecto colateral de que la ruptura entre ambos y el giro estratégico del socialismo tras la, relativa, frustración de las expectativas en las elecciones de 2001 fueron desactivando poco a poco a los movimientos cívicos, que resultaron claves

en el indudable éxito movilizador del constitucionalismo en aquella fecha.

Otro dato clave de la legislatura ha sido la aprobación de la Ley de Partidos y la consecuente ilegalización de Batasuna. Todo ello acompañado de la menor actividad terrorista de ETA y su red, sobre todo, por sus dificultades operativas y de reclutamiento, gracias a la eficacia policial y a la cooperación internacional. La consecuencia, evidente, ha sido la exclusión del antisistema de casi todas las instituciones (Cortes Generales, Parlamento Europeo, instituciones forales y ayuntamientos), la ruptura de socialistas y populares por este tema con el nacionalismo institucional y la catarata de procesamientos contra el entramado civil de la violencia (cierres de *Egin* y *Egunkaria*, incautación de bienes y sedes, etcétera), que han llegado a afectar a la propia Presidencia del Parlamento vasco. Frente a ello, cabe mencionar el mayor protagonismo de las víctimas del terrorismo y su red asociativa, reivindicando su memoria y su dignificación, al tiempo que se desarrollaba un amplio movimiento de divulgación de valores democráticos y de tolerancia.

Estas elecciones, por tanto, se producen al final de la segunda legislatura de un ciclo, caracterizado por la estrategia de convergencia nacionalista excluyente iniciada en Estella y por el consecuente frentismo político, que se deriva de la radicalización soberanista del conjunto del nacionalismo. El resultado de la misma es el propio *plan Ibarretxe*, de ruptura constitucional y del consenso siguiendo un guión de secesión unilateral, que es el que marca, realmente, esta legislatura y su final. La propuesta de *Nuevo Estatuto* sale adelante en el Parlamento vasco, lastrada por el apoyo envenenado del antisistema, sin repugnancia democrática alguna por parte del nacionalismo. Luego, sin embargo, será rechazada por la inmensa mayoría del Congreso de los Diputados. Era el escenario buscado: Euskadi contra España. La escenificación del choque de comunidades en el Parlamento vasco, primero, y de legitimidades, después, en el Congreso de los Diputados, constituyeron la excusa para poner fin a la legislatura y hacerlo convocando las elecciones en clave plebiscitaria.

LOS ANTISISTEMA ROMPEN LA CAMPAÑA

En efecto, Ibarretxe solicitaba a los electores vascos un «clamor» en favor de su estrategia y, en menor medida, de su gobierno, tratando de unificar en el apoyo de su propuesta a toda la comunidad nacionalista a base de guiños y concesiones al radicalismo violento. Sin embargo, temiendo asustar a una parte del nacionalismo moderado, que sabían reticente con su pro-

alismo en

1 de la Ley
suna. Todo
ETA y su
de recluta-
ón interna-
lusión del
Generales,
nientos), la
el naciona-
ontra el en-
Egunkaria,
gado a afec-
ente a ello,
mas del te-
moria y su
plio movi-
tolerancia.

la segunda
gia de con-
lla y por el
radicaliza-
resultado de
nstitucional
ilateral, que
nal. La pro-
mento vasco,
n repugnan-
. Luego, sin
el Congreso
li contra Es-
es en el Par-
spués, en el
a para poner
mes en clave

cos un «cla-
la, de su go-
puesta a toda
esiones al ra-
r a una parte
con su pro-

puesta, sobre todo, después de escenificarse su rechazo por las Cortes Generales y evidenciarse su inviabilidad democrática, oculta en la campaña su plan con un envoltorio, supuestamente, más aceptable, como el de la fuerza de los votos y de la mayoría absoluta para «negociar con Madrid», pero «decidiendo aquí».

Aunque, de por sí, esta apelación plebiscitaria y rupturista ya era un elemento de polarización, la división entre las fuerzas políticas autonomistas y el giro estratégico socialista no contribuían al frentismo de alternancia que había definido el final de la legislatura anterior y las elecciones de 2001. El cambio de ciclo en España, caracterizado por la alternancia gubernamental, había hecho del PSE-EE el principal referente de oposición autonomista al nacionalismo, pero él mismo se había esforzado en tomar distancia del PP y en sacudirse cualquier tipo de adherencia, interna (redondismo) o externa (Basta Ya), que pudiese hacer evocar a sus electores potenciales la anterior unidad de acción liderada por Mayor Oreja. Optan por una estrategia electoral, denominada tradicionalmente como «vasquista», que busca pescar en los caladeros autonomistas del electorado nacionalista y para lo que promociona en el último tramo de la legislatura una propuesta de reforma estatutaria (etiquetada como «plan Guevara») y el acompañamiento del movimiento cívico Aldaketa (encabezado por Joseba Arregi), ambos ex consejeros nacionalistas. La debilidad de la imagen de su nuevo candidato en la opinión pública, incluida la socialista (1), y la ambigüedad de sus mensajes no incentivaron suficientemente ni la fidelidad de sus votantes de las legislativas, ni al electorado descontento con el radicalismo del PP, y, por supuesto, mucho menos, la captación de votos del caladero nacionalista, que parecía era la orientación estratégica, casi unívoca, de la campaña. Es muy sintomático el resultado de Álava, tras el apoyo a la moción de censura de los nacionalistas contra el gobierno foral del PP. Como siempre, hay imágenes que valen más que mil palabras.

El PP, por su parte, prefirió enrocarse en la estrategia constitucionalista anterior que tan buenos resultados le había dado cuatro años atrás, pero con un liderazgo nuevo y atrayente como el de María San Gil. Sin embargo, su posición competitiva era muy distinta, tras la pérdida del gobierno de la nación y, por si

(1) Según nuestro *Euskobarómetro* de noviembre, era el líder peor valorado por su propio electorado (5,7), superando a todos los demás el 6,5, y sólo obtenía un 4 en el conjunto de la opinión pública vasca.

fuera poco, dedicada buena parte de la campaña al desgaste socialista por la ilegalización de las plataformas antisistema y, muy particularmente, de EHAK/PCTV, desenfocaron seriamente su campaña. El resultado fue una amplia desincentivación de la participación de su electorado más moderado.

EB/IU con Madrazo al frente buscaba la continuidad de su acomodo gubernamental en el tripartito, situando el nivel de la crítica a las posiciones de Ibarretxe en el límite justo de no hipotecar tal posición. Era un sí, pero no. Sí a la continuidad del gobierno de Ibarretxe, pero no a su plan (2). Sí al referéndum, pero vuelta al consenso para la reforma estatutaria. Sí a seguir en el gobierno (preferiblemente), pero no de cualquier manera (seguramente). En todo caso, centaban su campaña en el valor de unos votos que les podían dar la clave de la gobernabilidad, porque el argumento de la centralidad o el puente entre las dos orillas de hace cuatro años ya no tenía el crédito, ni el ambiente de entonces.

Por otro lado, quedaba una descolocada Batasuna, ya excluida de Ayuntamientos, Instituciones Forales, Parlamento Europeo y Cortes Generales, que buscaba, por todos los medios, un resquicio para colarse en el Parlamento Vasco o, al menos, el necesario protagonismo para cuestionar la legitimidad democrática de las elecciones. Su único programa o mensaje era «contra la exclusión» (se entiende la suya, porque de la de los demás, incluido el exterminio, ellos son maestros aventajados) y, por tanto, la pacificación (entendida a su manera) protagonizada por una mesa de diálogo de todos los partidos. Paradójicamente, casi todo lo anterior pasó a segundo plano para que el tema de Batasuna, primero, Aukera Guztiak, más tarde, y EHAK/PCTV, al final, ocupase la atención mediática de la campaña, en tanto en cuanto las expectativas electorales de todos pasaban por las opciones que los violentos y sus amigos antisistema tuviesen para obtener representación y, por tanto, capacidad de chantaje en la formación de mayorías. Desde el primer momento, la coalición PNV-EA, acompañada por EB/IU, hizo de la descalificación de la ilegalización un elemento de competición para desgastar a sus adversarios constitucionalistas, sobre todo al PSE-EE, al tiempo que hacía una *opa* amable a sus parientes

(2) En nuestro *Euskobarómetro* de noviembre, más de una cuarta parte de sus votantes valoraban negativamente el gobierno tripartito y el 41% consideraba la propuesta de Ibarretxe como un factor de división e inestabilidad, por lo que la mitad propugnaba su retirada o, al menos, consensuarla con los socialistas.

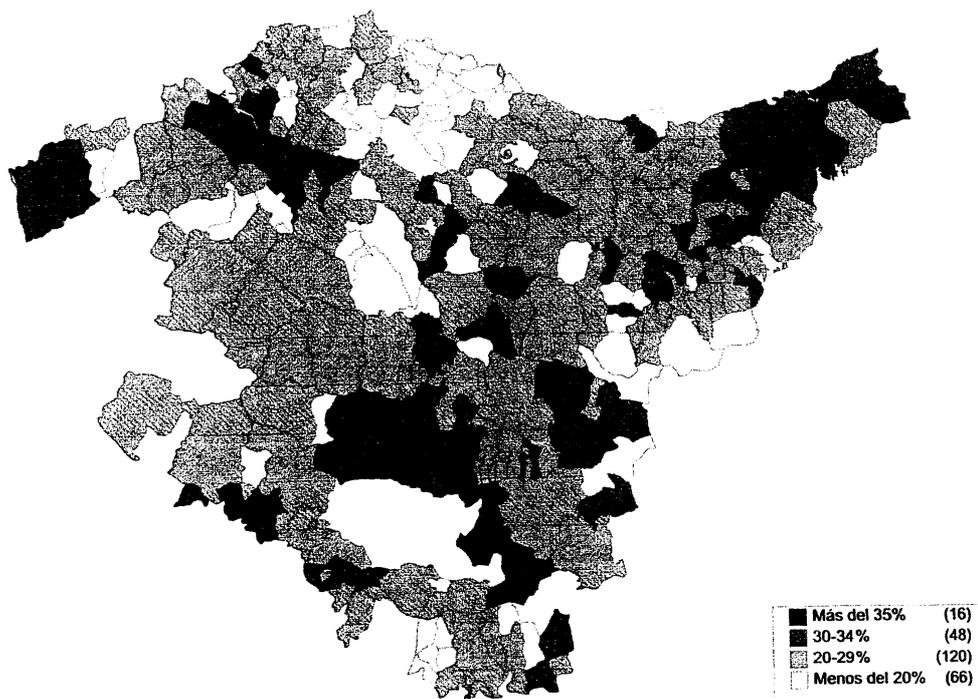
radicales, buscando la concentración de un voto nacionalista que le garantizase a su coalición o, al menos, al tripartito la mayoría absoluta necesaria para seguir en su estrategia soberanista. En el extremo contrario, el PP hizo de la presión sobre el gobierno socialista un argumento continuo de desgaste, hasta el punto de denunciar intereses electorales ocultos y acuerdos políticos inconfesables, por la no ilegalización de EHAK/PCTV, la gabarra fácil que encontraron los violentos para desembarcar (nótese que nunca lo intentaron con Aralar, la otra marca escindida del tronco *abertzale* radical). A todo ello hay que añadir el indudable morbo o gancho mediático que tenía en la opinión pública y en el resto de los partidos la incertidumbre del proceso, pero sobre todo el impacto electoral y político que habría de tener su resultado, convirtiéndolo en el centro y, finalmente, en la clave de la contienda.

Finalmente, queda la nueva marca Aralar y la vuelta autónoma de UA a la competición, tras su experiencia de coalición con el PP. La primera, escindida de EH por su rechazo a la violencia de ETA, buscaba consolidar su espacio electoral tras su relativo éxito institucional en las elecciones forales y locales de hace dos años. La segunda, tras una trayectoria errática, intentaba recuperar el espacio del foralismo alavesista.

En estas condiciones, de menor tensión polarizadora entre los bloques, de casi nula percepción de posibilidades de alternancia, de elevado tono de división entre las fuerzas autonomistas, de desactivación de la movilización de los movimientos cívicos y de claro protagonismo reactivo del movimiento antisistema, sin olvidarse del impacto mediático de los acontecimientos vaticanos de inicio de campaña, le dieron a ésta un perfil competitivo y movilizador muy discreto. Por si fuera poco, ni la propia ETA tuvo el protagonismo violento de otras ocasiones y, si lo tuvo, fue el del desmantelamiento eficaz del nuevo comando Donosti. Ibarretxe, con una excelente imagen y su posición institucional privilegiada (3), dulcificó, paradójicamente, el radicalismo plebiscitario de su convocatoria sin evocar su plan, sino apelando al apoyo ciudadano a una ambigua negociación, que le abrió una vía de agua por el flanco radical y facilitó la vuelta a su lugar natural. Los socialistas, con candidato nuevo y una valoración discreta entre sus votantes, ofrecían una

(3) Con un 5,7 era el líder mejor valorado, sobre todo, por su propio electorado (7,8), según nuestro *Euskobarómetro* de noviembre, en el que su gobierno sumaba un 54% de aprobación y un porcentaje similar lo consideraba el mejor candidato para continuar al frente del futuro gobierno.

MAPA 1
Distribución local de la abstención en las elecciones vascas de 2005



poco visible y, también, ambigua alternancia, retomando el camino perdido del consenso en la reforma estatutaria, que atraía un voto moderado y con ansias de cambio, pero sin ilusionar lo suficiente y generando desconfianza entre sectores que les habían apoyado cuatro años antes para la alternancia. El PP, después de perder su posición de gobierno en Madrid y deshecho el frente constitucionalista, se convertía en un actor secundario que sólo ofrecía resistencia a la supuesta claudicación socialista ante el radicalismo nacionalista, de uno y otro signo, y que tenía que aspirar a reducir al mínimo su cantado retroceso.

El resultado fue la caída en diez puntos de la participación electoral con respecto a 2001, situándose en el nivel de las elecciones forales de 2003 de este mismo ciclo, ligeramente por encima del promedio (66,7%) de las siete elecciones autonómicas anteriores y en niveles similares a las de 1986 y 1998. Los 216.481 (4) votantes menos se reparten casi por igual entre

(4) Conviene recordar que ha habido unos 14.000 electores menos censados y unos 79.000 electores nuevos.

nacionalistas (105.000) y autonomistas (108.000), pero afectan, sobre todo y casi en exclusiva, a las dos opciones de la derecha, protagonistas de la confrontación anterior (PNV y PP). Si se echa un vistazo al mapa de la abstención se puede comprobar que es en las grandes poblaciones de sociología autonomista y moderada donde ésta supera al promedio general, así: Baracaldo, Sestao, Santurce, Portugalete, Basauri, Rentería, Irún, Hernani o Andoain, entre otras. Sin embargo, la menor participación general se nota en el resto de poblaciones, sobre todo, en aquellas de mayoría nacionalista en las que se habían batido récords de participación hace cuatro años.

La ganadora indiscutible de estas elecciones ha sido la coalición PNV-EA, que con sus 463.873 votos y su 38,6% (29 escaños) se sitúa a casi 200.000 votos y 16 puntos de su siguiente competidor socialista. Sin embargo, su pérdida de 140.000 votos (casi una cuarta parte de su electorado de hace cuatro años) y, sobre todo, cuatro de sus 33 escaños anteriores les hacen fracasar en todos sus objetivos: no ha habido plebiscito a sus planes soberanistas, no ha habido clamor para reforzar su posición negociadora en Madrid, no se ha producido concentración de voto nacionalista, y no sólo no ha habido mayoría absoluta, sino que ni en solitario ni con el tripartito han podido mantener su superioridad sobre la suma de la representación constitucionalista. Lo cierto es que han desmovilizado a sus electores moderados (5) y se les han ido parte importante de los votos radicales que habían recuperado cuatro años atrás. En términos parlamentarios, sus 29 escaños lo convierten en el segundo peor resultado del nacionalismo gubernamental (PNV-EA) tras los 27 obtenidos en 1998. Su único consuelo es que el bloque nacionalista, tras su ligera recomposición, mantiene la mayoría absoluta de 39 escaños y suma alrededor del 53% del voto válido, a pesar de perder un escaño y más de 130.000 votos. Pero, también en este caso, es el peor resultado parlamentario de todo el proceso autonómico, en el que llegó a tener hasta un 52% en el año 1986, y ha ido cediendo terreno, lentamente, desde 1994, cuando ya bajó al 41% por la desaparición de EE. Las disyuntivas de gobierno y alianzas que tiene que asumir no van

LA VICTORIA AMARGA DE LA COALICIÓN PNV-EA

35%	(16)
	(48)
	(120)
el 20%	(66)

nando el ca-
a, que atraía
ilusionar lo
s que les ha-
i. El PP, des-
d y deshecho
ctor secunda-
adicación so-
otro signo, y
ido retroceso.

participación
el de las elec-
mente por en-
s autonómicas
y 1998. Los
or igual entre

ores menos censa-

(5) Hemos de recordar que, según nuestro *Euskobarómetro* de noviembre, una cuarta parte del electorado del PNV consideraba que la propuesta de Ibarretxe, sin haber sido aprobada todavía por el Parlamento vasco, generaba inestabilidad y división, la consideraban de ruptura, un tercio rechazaba el apoyo de Batasuna, otro tercio reclamaba retirarla o negociarla con los socialistas y, sobre todo, un 60% consideraba imprescindible el consenso para sacarla adelante.

a ser de fácil resolución interna, ni para la coalición ni para el propio PNV (que es quien ha perdido los cuatro escaños, quedándose en los 22 de los años noventa), en el que el liderazgo de J. J. Imaz puede ser determinante. Hay, por tanto, un fracaso estratégico del PNV, al no conseguir con su radicalismo soberanista unificar y concentrar el voto nacionalista, por una parte, pero, sobre todo, no convencer, precisamente por ello, a sus apoyos más moderados y aislarse de la posibilidad de alianza con las fuerzas democráticas. Es inevitable que ante tal fracaso estratégico, como ya se evidenciaba en la división protagonizada por Egibar e Imaz en el proceso sucesorio, haya sectores que propugnen una revisión estratégica, que tendría que amortizar necesariamente a Ibarretxe y su programa. Pero ésta, a su vez, incentivaría la tentación de sectores radicales de EA a configurar un espacio nacionalista radical (EA, Aralar, Batasuna), alternativo al de PNV, pensando en un escenario sin violencia. En todo caso, la coalición de conveniencia PNV-EA, que habría maximizado los beneficios matemáticos del sistema electoral, saldrá muy tocada de este proceso de tensiones.

TABLA 1
Resultados electorales en Euskadi entre 2001 y 2005

	A-2001		F-2003		L-2004		A-2005*	
	Votos	% vv						
PNV.....	—	—	—	—	417.154	33,7	—	—
EA.....	—	—	—	—	80.613	6,5	—	—
PNV/EA.....	604.222	42,4	511.417	45,3	497.767	40,2	463.873	38,6
PP.....	326.933	22,9	221.754	19,6	232.577	18,8	208.795	17,3
EH(HB) (EHAK).....	143.139	10,0	—	—	(90.000)	6,5	(150.188)	12,5
PSE-EE.....	253.195	17,8	243.192	21,5	336.958	27,2	272.429	22,6
IU.....	78.862	5,5	91.389	8,1	101.724	8,2	64.931	5,4
UA.....	(*)	—	6.373	0,5	—	—	4.132	0,3
ARALAR.....	—	—	36.172	3,2	38.319	3,2	28.001	2,3
Otros.....	7.918	0,6	2.373	0,2	13.255	1,1	8.966	0,7
Nacionalistas.....	747.361	52,4	547.589	48,5	536.086	43,4	642.062	53,4
Estatales.....	666.908	46,8	565.081	49,9	684.514	55,3	559.253	46,2
Izquierda.....	483.114	33,9	373.126	33,0	487.437	39,5	515.549	42,6
Derecha.....	931.155	65,3	739.544	65,4	733.163	59,2	676.800	55,9
CENSO.....	1.813.356	—	1.807.272	—	1.803.769	—	1.799.500	—
VOTANTES.....	1.431.996	79,0	1.260.197	69,7	1.341.343	75,9	1.214.604	67,5

FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos oficiales de la Junta Electoral.

* Para 2005 datos provisionales de los primeros recuentos del Gobierno vasco.

(*) UA compite en coalición con el PP en las elecciones autonómicas de 2001.

ara el
que-
razgo
acaso
bera-
parte,
a sus
za con
estra-
nizada
es que
ortizar
su vez,
mfigu-
na), al-
cia. En
habría
ectoral,

El PSE-EE es el vencedor moral de estas elecciones, en la medida en que su discreto avance, revalorizado por la menor caída de los populares, le convierte en una pieza clave para condicionar el nuevo ciclo político de cambio al que apelaba el Presidente Rodríguez Zapatero. Sus 272.429 votos, 22,6% y 18 escaños, le suponen un incremento neto de apoyos de casi 20.000 votos, que en un contexto de fuerte desmovilización le dan cinco puntos porcentuales y cinco escaños más, recuperando su tradicional segunda posición. Sin embargo, no alcanza sus mejores resultados de 1984 y 1986 (19 escaños), ni sus expectativas de llegar a, o superar, los 20 escaños de haberse acercado a los 337.000 obtenidos por ZP en las legislativas de hace un año, apuntándose un relativo fracaso en Álava (a pesar de ser el ganador en la capital, Vitoria), al no poder convertirse en la primera fuerza parlamentaria y empatar en la segunda posición con el PP. Habría logrado movilizar a alguno de sus abstencionistas de hace cuatro años, retendría un puñado de votos de los transferidos del PP en las legislativas, obtendría votos críticos de Madrazo y habría contribuido a desmovilizar a los sectores moderados descontentos, tanto con el PNV, como con el PP, con los que podría contar para una ulterior captación de voto. El reto que tiene el PSE-EE para forzar el cambio de ciclo es importante, tanto para el partido en Euskadi como para el PSOE en el gobierno.

**EL ÉXITO
LIMITADO
DEL PSE-EE**

15*	% vv
—	—
—	—
38,6	38,6
17,3	17,3
12,5	12,5
22,6	22,6
5,4	5,4
0,3	0,3
2,3	2,3
0,7	0,7
53,4	53,4
46,2	46,2
42,6	42,6
55,9	55,9
—	—
67,5	67,5

El PP con sus 208.795 votos, 17,3% y 15 escaños, es el otro gran derrotado de estas elecciones al perder más de 118.000 votos (más de un tercio de su electorado), cinco puntos, cinco escaños y su anterior segunda posición. La desmovilización de sus electores moderados, el voto útil de quien gobierna en Madrid y, en menor medida, la ruptura de la coalición con UA han sido sus principales vías de agua. Sin embargo, su cambio de liderazgo, la buena campaña de María San Gil y su posición de resistencia le han permitido consolidar un electorado sólido y cercano al del inicio de su ciclo de ascenso en la segunda mitad de los noventa, particularmente en Álava, donde obtiene los réditos de su posición institucional, sobre todo, en la Diputación Foral. El PP debe revisar profundamente su estrategia de oposición numantina y su discurso radical (6) si quiere jugar un papel más allá de la propia resistencia y aislamiento políticos.

**LA RESISTENCIA
DERROTADA DEL
PP Y EL FINAL
DE UA**

(6) En nuestro *Euskobarómetro* de noviembre una cuarta parte del electorado del PP consideraba igual o mejor la gestión del nuevo gobierno socialista en relación al último gobierno popular, estaba mayoritariamente de acuerdo con las reformas constitucionales propuestas por el PSOE y una cuarta parte creían que Ibarretxe debería negociar su propuesta con el PSOE, aunque demandase casi unánimemente el consenso para su aprobación final.

Por otra parte, la desaparición parlamentaria de UA (4.000 votos de los más de 25.000 que llegó a tener en 1994) es el fruto de su errática trayectoria y, sobre todo, de su abandono de la coalición con el PP, refugiándose en un alavesismo foralista que no está ya en condiciones de competir con el autonomista de socialistas y populares. De este modo, cierra su presencia parlamentaria ininterrumpida desde 1990, desde la que contribuyó, sin duda, a hacer de Álava un baluarte para frenar las aspiraciones soberanistas del nacionalismo.

La capacidad reactiva del antisistema *abertzale* ha conseguido frenar su caída imparable al sumar 7.000 votos (35.000 si contamos los de Aralar) a los 143.000 obtenidos por EH cuatro años antes, lo que, unido a su mayor capacidad movilizadora, le permite incrementar su representación en dos puntos y dos escaños en relación a los obtenidos en 2001. Con todo, es su segundo peor resultado después del de hace cuatro años, lo que no le va a impedir seguir condicionando la gobernabilidad del país a través de su capacidad de chantaje institucional y, especialmente, sobre el PNV-EA. Al voto nuevo captado, hay que añadir parte de los 80.000 votos cedidos al PNV-EA hace cuatro años. El problema de esta opción es su carencia de personal político, de programa y de estrategia, tanto para gobernar como para hacer oposición institucional. Por otra parte, la administración por Batasuna de la representación obtenida no va a ser nada fácil y puede agudizar su crisis a medio plazo.

Aralar, con sus 28.000 votos (un 2,3% y su escaño guipuzcoano), consolida su electorado de 2003 y 2004 y, con su entrada en el Parlamento Vasco, su acceso a las instituciones forales y locales de 2003. Sin embargo, no ve cumplida, tampoco, su expectativa de ser la clave de la gobernabilidad, aunque juega un papel relevante en la recomposición de los espacios nacionalistas y, sobre todo, en la crisis del espacio violento antisistema, dándole una salida democrática en clave soberanista, muy distinto del papel jugado por EE en los años ochenta.

EB/IU, con unos 65.000 votos (el 5,4% y tres escaños), mantiene su posición parlamentaria, a pesar de perder 14.000 votos (un 18% de los votos obtenidos hace cuatro años). Pero, sus tres escaños dejan de ser condicionantes automáticos de la gobernabilidad, obteniendo un bajo rédito de su posición de gobierno. Lo cierto es que este mal resultado, unido al del fracaso relativo del tripartito y al entierro de la política de frentes por

**LA CAPACIDAD
REACTIVA DE UN
RADICALISMO
«ABERTZALE»
DIVIDIDO
Y EN DECLIVE**

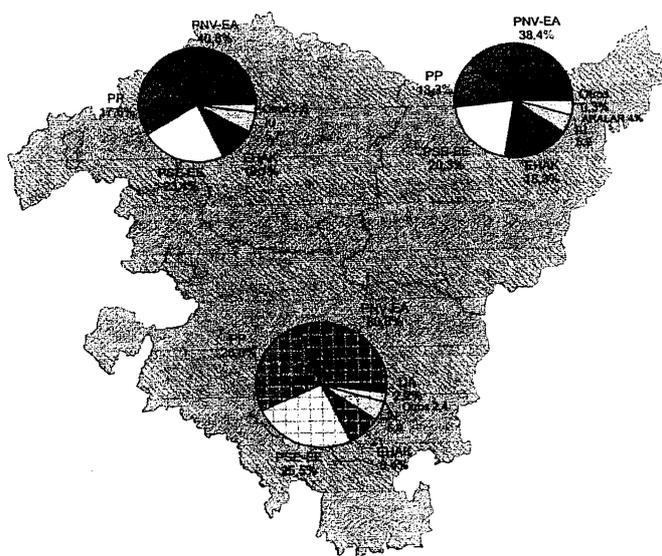
**EL DILEMA
ESTRATÉGICO DE
EB/IU**

los socialistas, les dejan casi sin estrategia (7). Su dilema es apuntalar la estrategia moribunda del nacionalismo por intereses casi personales, que tiene muy poco que ver con el *desideratum* de la «izquierda transformadora», o, por el contrario, intentar un nuevo camino con sus socios en Madrid, y pensando en clave de las transformaciones del propio escenario nacional y su gobernabilidad.

Álava es la que refleja una mayor fragmentación entre las tres grandes opciones electorales con tres escaños cambiando de manos (dos entre las opciones autonomistas y uno entre las nacionalistas). La coalición PNV-EA vuelve a ganar con el 30,6% y 8 escaños, tras perder 13.000 votos, tres puntos porcentuales y un escaño. El PP, a pesar de perder 18.000 votos (4.000 hacia UA), más de seis puntos (dos hacia UA) y dos escaños, se mantiene en la segunda posición con el 26% del voto válido y empata a 7 escaños con el PSE-EE. El PSE-EE, a pesar de subir más de 3.000 votos, cinco puntos y dos escaños, no logra con su máximo autonómico del 25,5% arrebatarle la segunda

UN MAPA CASI INAMOVIBLE

MAPA 2
Distribución provincial del voto en las elecciones vascas de 2005 (% vv vv)



(7) Lo cierto es que, según nuestro *Euskobarómetro* de noviembre, la mayoría de su electorado ya abogaba o por la negociación del Plan Ibarretxe con los socialistas o, simplemente, por su retirada, considerando el consenso imprescindible por ocho de cada diez.

posición al PP, que había quedado a sólo un punto de la coalición ganadora cuatro años antes. EHAK /PCTV con un 8,4% ocupa la anterior posición de EH, añadiendo 2.500 votos, dos puntos y un nuevo escaño al anterior. EB/IU con un 4,9% mantiene su anterior posición parlamentaria, si bien pierde 3.000 votos y retrocede un punto. Finalmente, Aralar y UA se sitúan en una posición muy marginal en torno al 2% del voto válido.

Guipúzcoa es la provincia que experimenta mayores cambios, aunque sólo tres escaños cambien de manos (dos entre las opciones nacionalistas y uno entre las autonomistas). La coalición PNV-EA vuelve a ganar con el 38,4% y 10 escaños, pero experimenta el mayor retroceso tras perder 64.000 votos, seis puntos porcentuales y dos escaños. El PSE-EE con su 20,3% y cinco escaños recupera la segunda posición, al incrementar 4.000 votos, cuatro puntos y un escaño, superando en dos puntos la cota máxima obtenida por el PP hace cuatro años, pero lejos de su récord del 22% en 1984. EHAK/PCTV con un 18,3% y cinco escaños, vuelve a la tercera posición, tras recuperar 1.000 votos, tres puntos porcentuales y un escaño. El PP pierde 30.000 votos, cinco puntos porcentuales y un escaño, lo que le hace retroceder de la segunda a la cuarta posición con un 13,3% y tres escaños. EB/IU mantiene sus posiciones (5,2% y un escaño) a pesar de perder 3.000 votos. Finalmente, Aralar con su 4% logra su primer escaño autonómico en esta provincia, consolidando sus resultados forales de hace dos años.

Vizcaya es la provincia que produce un cambio más moderado, con sólo dos escaños cambiando de manos (los dos que los socialistas obtienen de populares y nacionalistas). La coalición PNV-EA vuelve a ser la ganadora con el 40,8% y 11 escaños, tras perder 69.000 votos, casi tres puntos porcentuales y un escaño. El PSE-EE con el 23,4% y seis escaños recupera su segunda posición y, tras subir 13.000 votos, cinco puntos y dos escaños, bate su propio récord autonómico en porcentaje de voto válido, igualando el de escaños. El PP con su 17,6% y cinco escaños retrocede a la tercera posición, tras perder 63.000 votos, casi seis puntos porcentuales y un escaño. EHAK/PCTV con su 10,1% y dos escaños mantiene la posición anterior de EH, a pesar de subir más de 4.000 votos y un par de puntos porcentuales. EB/IU con su 5,7% y un escaño también mantiene sus posiciones a pesar de perder 7.000 votos.

La coalición PNV-EA es la ganadora en todas las provincias y en 216 municipios (el 86,4% del total), entre los que destacan Bilbao y San Sebastián. El EHAK/PCTV gana en otras 13 loca-

lidades de la periferia guipuzcoana (Aduna, Alzaga, Alzo, Arama, Ataun, Ballarain, Belaunza, Hernani, Leaburu, Lezo, Lizarza, Oreja y Zaldibia), todas ellas pequeñas, con la excepción de Hernani, y en casi todas a un corta distancia de la coalición PNV-EA. El PP gana en otras 11 pequeñas poblaciones de la Rioja alavesa (Armiñón, Baños de Ebro, Elciego, Labastida, Lagran, Laguardia, Lantarón, Navaridas, Oyón, Ribera Baja y Yécora). Finalmente, el PSE-EE gana en Vitoria y en la vecina Iruña de Oca, además de en otras 8 grandes poblaciones vizcaínas (Baracaldo, Ermua, Echevarri, Portugaleta y Sestao) y guipuzcoanas (Irún, Lasarte y Rentería).

Finalmente, si agregamos las distintas opciones electorales en dos grandes bloques de nacionalistas y estatales, respectivamente, los primeros ganan en 216 municipios pequeños y medianos (el 86,4%), que suponen el 39,7% del censo electoral. Por su parte, los estatales, además de ganar en las tres capitales, lo hacen en otras 31 poblaciones (17 pequeños municipios de Álava; Irún, Lasarte y Rentería en Guipúzcoa; y Baracaldo, Basauri, Ermua, Echevarri, Gecho, Leioa, Portugaleta, Santurce, Sestao y Trápaga en Vizcaya), aglutinando el 60,3% del censo electoral.

¿EMPATE INFINITO ENTRE BLOQUES?

Sabemos que en cualquier elección hay movilización y desmovilización, entrada de nuevos votantes y desaparición de otros y que puede haber cambios de partido en muchas direcciones por mayor o menor número de electores. Esto último es lo que llamamos volatilidad bruta, que en su componente individualizado sólo podemos analizar de una forma muestral. Sin embargo, podemos aproximarnos a su patrón en cada elección a partir de la volatilidad neta o agregada (8), que se refiere al cambio medio por partido entre dos elecciones sucesivas cuando medimos los saldos positivos o negativos de cada partido. En nuestro caso y en relación a las elecciones autonómicas de 2001, el índice de volatilidad (VT) se sitúa en un 9,8 (unos 120.000 votantes), ligeramente por encima del de hace cuatro años (8,2), pero inferior al de las últimas legislativas (11,3).

(8) Se trata del índice de volatilidad de M. Pedersen («Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems, 1948-1977» en Daadler, H. y Mair, P., eds., *Western European Party Systems. Continuity and Change*, Londres, Sage, 1983, pág. 31). La volatilidad parcial relativa a los bloques se refiere a la adscripción izquierda/derecha o nacionalista/estatalista según el índice de S. Bartolini («La volatilità elettorale», en *Rivista Italiana di Scienza Política*, nº 16, 1986, pág. 372).

TABLA 3
Volatilidad electoral en las elecciones autonómicas vascas, 1980-2005

	1984/ 1980	1986/ 1984	1990/ 1986	1994/ 1990	1998/ 1994	2001/ 1998	2005/ 2001	Prome- dio
Total (VT)	16,6	22,8	11,6	15,4	7,9	8,2	9,8	13,1
Entre bloques (VB1).	—	3,5	2,7	6,4	1,5	7,8	9,4	4,5
Entre bloques (VB2).	0,4	2,2	1,8	9,6	1,8	0,7	0,7	2,5
Intra bloques (VIB1).	16,6	19,3	8,9	9,0	6,4	0,4	0,4	8,7
Intra bloques (VIB2).	16,1	20,6	9,8	5,8	6,1	7,5	9,1	10,7

FUENTE: Elaboración propia.

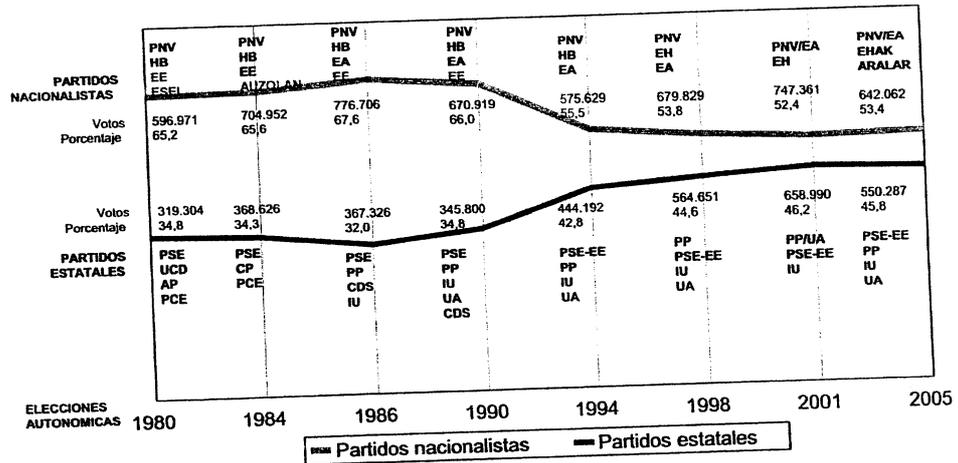
La volatilidad total (VT) se refiere al índice de Pedersen (1983: 31). La volatilidad relativa a los bloques se refiere a la adscripción izquierda / derecha (1) nacionalista / estatalista (2) según el índice de Bartolini (1986: 372).

La mayor parte de esa volatilidad (9,1 o el 93%) se produce entre las distintas opciones en el interior de cada uno de los dos bloques, nacionalista o no, y sólo en muy pequeña proporción (0,7 o el 7%) se ha podido traspasar esa frontera, mostrando el predominio de la dimensión identitaria en el comportamiento electoral autonómico. Sin embargo, en el caso de los bloques ideológicos de izquierda y derecha, el comportamiento es casi inverso, si tenemos en cuenta que la mayor parte de esa volatilidad (9,4 ó el 96%) se produce entre los bloques y tan sólo una pequeña parte (0,4 ó el 4%) en el interior de cada bloque de izquierda o derecha. Esto nos indica, en efecto, que la mayor parte de esa volatilidad o realineamiento se ha producido del PNV-EA hacia las opciones de la izquierda *abertzale* (EHAK y Aralar) o del PP y EB/IU hacia el PSE-EE y, en mucha menor medida, de los nacionalistas al PSE-EE.

Si comparamos este comportamiento de la volatilidad autonómica con la obtenida hace un año en las legislativas (11,3), comprobamos que entonces la volatilidad entre el bloque nacionalista y no nacionalista (41%) y la del interior de cada uno de estos bloques (59%) estaba mucho más equilibrada. Por el contrario, la mayor parte de esta volatilidad (71%) lo era entre los bloques de izquierda y derecha, y mucho menos (29%) en el interior de cada uno de ellos.

Fijémonos, por tanto, en la evolución de la que parece la dimensión más influyente en el comportamiento autonómico de los vascos, que es la que agrupa a los partidos en nacionalistas o estatales. De su observación se deduce con claridad, en primer lugar, el predominio nacionalista en todas las elecciones autonómicas, pero, en segundo lugar, una progresiva reducción de la ventaja de los más de 30 puntos de voto válido de la primera

GRÁFICO 1
Evolución del voto nacionalista/estatal en las elecciones autonómicas vascas, 1980-2005



FUENTE: Elaboración propia a partir de los datos de la Junta Electoral.

década a los 6 o 7 puntos actuales y, en tercer lugar, una lenta reducción hacia el equilibrio en la última década. Lo cierto es que, en términos censales, eran 20 puntos en la primera década y una progresiva reducción de la diferencia entre los 8 puntos de 1994 y los menos de 5 actuales. El actual 53,4% del voto válido obtenido por los nacionalistas, aunque es ligeramente superior al de hace cuatro años, es el peor desde 1994. Por su parte, el 35,7% censal (9) es el segundo peor de todas las elecciones autonómicas después del de 1994, lo que daría un mal balance en términos electorales al ciclo político capitaneado por Ibarretxe, máxime si tenemos en cuenta que la evolución, tanto censal como en voto válido, de las opciones estatales ha sido la de un incremento casi constante y, por tanto, una reducción de la diferencia entre ambos bloques.

Pero, quizá más significativa que la volatilidad, ha sido la desmovilización en estas elecciones. Y en este caso, lo más importante es que la línea de fuerza de la desmovilización (mucho mayor que el contingente electoral cosechado por los antisistema) apunta a que ésta la han protagonizado los sectores moderados del PNV, del PP y de EB/IU descontentos o fatigados con la política de frentes, por un lado, y con la radicalización nacio-

(9) Este porcentaje es el que más se aproxima al sentimiento nacionalista expresado por los vascos, que en nuestro último *Euskobarómetro* de noviembre se situaba en el 41%.

nalista, por otro. Diríamos que no se han decidido a provocar un vuelco o cataclismo electoral (habrá que estudiar por qué), pero le han dado a las principales fuerzas políticas del país (el PNV y el PSE-EE) y a sus líderes (Ibarretxe-Imaz y Zapatero-López) un mensaje de cambio y concertación. Por otra parte, la consolidación por Aralar de los 36.000 votos que ya había obtenido en las elecciones forales de hace dos años y la recuperación de los 7.000 por parte de la fuerza reactiva, y difícilmente gobernable, de la nueva marca EHAK/PCTV hay que verlas más en clave de realineamiento continuo del nacionalismo, que de radicalización, en todo caso secundaria o colateral. Tampoco vale el argumento de la mayoría nacionalista para gobernar solo con o para ella, porque esta misma sociedad había producido hace sólo un año (siendo así en las elecciones legislativas desde 1993) una foto justamente invertida de la relación entre ambas mayorías alternativas, nacionalista o no.

as,

PNV	42.062
EHAK	3.4
PCTV	
PSE-EE	50.287
IP	5.8
U	
JA	

2005

una lenta
o cierto es
era década
s 8 puntos
el voto vá-
amente su-
94. Por su
as las elec-
ría un mal
apitaneado
evolución,
estatales ha
una reduc-

sido la des-
más impor-
ción (mucho
os antisiste-
tores mode-
atigados con
ación nacio-

nto nacionalista
rómetro de no-

Todos los parámetros de nuestro pluralismo polarizado siguen invariables. En primer lugar, ya hemos destacado el elevado pluralismo partidista vasco, con un número efectivo de partidos parlamentarios medio de 5,6, indicador máximo en España y en todas sus Comunidades Autónomas y muy excepcional en la Europa democrática actual. En segundo lugar, la fragmentación parlamentaria, como indicador de la alta competitividad del sistema, se mantiene casi constante alrededor del 0.80, que también nos sitúa en la cabecera de los países democráticos. Sin embargo, si neutralizamos el efecto que el número de partidos tiene sobre el índice de fragmentación, obtendremos el índice de dispersión parlamentaria corregido, que alcanza un promedio superior al 0.90, que abunda en la constatación de la complejidad del sistema que sólo la centralidad y el predominio de dos grandes partidos podría paliar. Tradicionalmente y por el cruce de las dimensiones ideológicas e identitarias de la competición, estos dos partidos han sido el PNV y el PSE. En este momento ambos cruzan su predominio parlamentario relativo en ambas dimensiones, si tenemos en cuenta que el PNV acumula el 56% del poder parlamentario nacionalista y el 50% del centro-derecha, mientras que el PSE-EE concentra el 58% de la representación parlamentaria de la izquierda y el 50% de la autonomista.

Lo cierto es que el PNV ha pasado, de ejercer un amplio predominio sobre el sistema hasta su crisis de mediados de los ochenta, a asentarse sobre una sólida y cómoda centralidad institucional, favorecida por la persistencia del terrorismo, por la debilidad de las mayorías gobernantes en Madrid desde 1993 y,

LA DIFÍCIL CENTRALIDAD EN EL PLURALISMO POLARIZADO VASCO

TABLA 4
Formato del sistema de partidos vasco, 1980-2005

	1980	1984	1986	1990	1994	1998	2001	2005
Fragmentación parlamentaria (Fp)...	81	72	81	81	82	79	77	79
Dispersión Parl. corregida (Dp).....	87	90	94	94	96	92	92	92
Volatilidad (Vt).....	—	17	23(*)	12	15	8	8	10
Número de partidos parlamentarios.	7	5	7	7	7	7	7	7
% de escaños del primer partido.....	41,7	42,7	25,3	29,3	29,3	28,0	34,7	29,3
% de escaños del segundo partido ...	18,3	25,3	22,7	21,3	16,0	21,3	25,3	24,0
Diferencia entre ambos	23,3	17,4	2,7	8,0	13,3	6,7	9,4	5,3
Primer partido	PNV	PNV	PSE	PNV	PNV	PNV	PNV	PNV
Segundo partido	PSE	PSE	PNV	PSE	PSE	PP	PP	PSE
% escaños entre ambos	60	68	48	51	45	49	58	53
Mínima mayoría parlamentaria.....	2	2	3	2	3	3	2	2
Nº partidos gobernantes	1	1	2	3(**)	3	2(***)	3(****)	?
Composición del gobierno	PNV	PNV	PNV/ PSE	PNV/ EA/ EE	PNV/ EA/ PSE	PNV/ EA	PNV/ EA/ IU	?

(*) En 1986 nace EA y la CP tiene que competir con el CDS.

(**) El primer gobierno de coalición PNV/EE/EA se rompe en septiembre de 1991, siendo sustituido EA por el PSE y formándose una nueva coalición PNV/EE/PSE.

(***) Con apoyo de investidura de EH y un pacto de legislatura llamado «Acuerdo de Colaboración Parlamentaria».

(****) En minoría y sin acuerdo parlamentario.

sobre todo, por la alta competitividad entre las opciones autonomistas (PSE-EE y PP). Así, entre 1980 y 1984 representaba entre el 74% y el 82% del voto de centro-derecha y entre el 59% y el 64% del voto nacionalista, lo que reforzaba su predominio ideológico y político; sin embargo, la ruptura de 1986 le dejó con un 49% y un 35%, respectivamente, para recuperarse a partir de esa fecha y superar ligeramente el 50% en ambas áreas. A partir de 1998, y tras el empuje del PP, comienza una nueva etapa de coalición electoral en la arena autonómica y territorial con su antigua escisión. En este momento, el PNV concentra el 57% del voto nacionalista y el 54% del voto de centro-derecha.

Por su parte, el PSE-EE, que desde un escaso 41% en 1980 acaparó, entre 1980 y 1990, entre el 59% y el 67% del voto autonomista, había debilitado notablemente su centralidad al quedarse entre 1994 y 2001 en torno al 39% y perder su predominio ante el empuje del PP en 1998 y 2001. Por otro lado, su capacidad para representar al voto de izquierda ha sido más modesta, si bien más estable, ya que, a pesar de haber partido del 29% en 1980, desde 1984 se sitúa entre el 47% y el 40% describiendo un ligero declive, hasta el punto de perder su

modesto predominio ante EH en 1998. En este momento, el PSE-EE concentra el 49% del voto autonomista y el 53% del voto de izquierda.

2005

79
92
10
7
29,3
24,0
5,3
PNV
PSE
53
2
?
?

Como acabamos de comprobar, no han sido grandes los cambios. En realidad, las elecciones han sido más de continuidad que de realineamiento. Sin embargo, en una situación tan fragmentada y compleja como la vasca, los pequeños movimientos electorales y en la correlación de fuerzas parlamentarias pueden producir cambios políticos significativos en la gobernabilidad. Lo cierto es que la situación parlamentaria es la más parecida a la de la segunda legislatura iniciada en 1984, y esto es lo que nos permite hablar de un cambio de ciclo. En aquella ocasión, y tras la primera legislatura minoritaria nacionalista (con la coalición en la sombra de HB), se produce un empate a 32 entre el PNV y el resto de la oposición democrática, encabezada, también, por el PSE (con 19 escaños). Entonces pesaba, igualmente, la fuerza antisistema de HB con mucha mayor capacidad de chantaje (con 11 escaños) y, sobre todo, con una ETA fuerte. Es verdad que en aquel momento estábamos en el inicio del autogobierno, acabábamos de sobreponernos del susto del intento de golpe de Estado y había un gobierno socialista fuerte en Madrid. El resultado ya es conocido: un camino difícil de concertación, que dio paso a un nuevo ciclo político de pactos y coaliciones, pero con consecuencias dolorosas para el nacionalismo (crisis de liderazgo, primero, y ruptura, después). Lo que estuvo claro en aquel momento es que la gobernabilidad no podía serlo en precario y, mucho menos, estar supeditada al chantaje violento, que la lucha contra el terrorismo y la política de pacificación eran prioritarias y que el desarrollo y la consolidación del autogobierno eran cosa de todos.

**CONCERTACIÓN
PARA
RECOMPONER EL
RUMBO DE LA
MODERACIÓN**

Esta nueva dinámica dio paso a una década de moderación progresiva del pluralismo polarizado vasco, la crisis y reestructuración interna del nacionalismo, el realineamiento y reforzamiento de los espacios autonomistas y los rendimientos de la política de pactos múltiples, como los acuerdos para la pacificación o las distintas coaliciones de gobierno de carácter mixto. Esta moderación y la cultura del pacto habían ido calando lentamente en la política vasca y uno de los resultados más evidentes había sido el debilitamiento de la capacidad de chantaje de los antisistema, precisamente por la cerrazón de su estrategia y la radicalización de sus posiciones ideológicas, aislando su espacio social y reduciendo su papel político. Sin embargo, todo ello se truncó al final de los años noventa con la radicalización nacionalista y la política de frentes inaugurada por el

ignominioso y antidemocrático pacto del PNV con ETA en el verano de 1998.

Ahora el empate puede ser a 33, los problemas de fondo siguen siendo los mismos, pero el tiempo no ha pasado en vano y las circunstancias y los actores son muy distintos. En efecto, el actual empate se produce en un contexto de ruptura bien diferente de aquél, pero la capacidad de chantaje y fortaleza de los violentos también es mucho menor. Las elecciones no han provocado la alternancia, pero sí cambios en la gobernanza del país, hasta el punto de situarnos en el final del trayecto iniciado por el tren de Estella.

Sólo hay dos opciones: o el PNV-EA continúa administrando en precario (que no gobernando) sin mayoría y apoyándose en el antisistema del EHAK/PCTV, que sólo alargaría la agonía del ciclo, o se abre una política de concertación con el resto de fuerzas democráticas, particularmente con el PSE-EE, para iniciar una etapa de negociación y consenso que normalice la vida política del país y anule la capacidad de chantaje de los violentos. La otra posibilidad de gobierno de coalición con los socialistas no parece madura en este momento, pero no será descartable en el futuro, si se dan las condiciones previas de concertación y revisión estratégica del nacionalismo, de forma expresa o tácita. Sin embargo, todo apunta a que el empecinamiento irresponsable de Ibarretxe, los problemas de su coalición electoral, el vértigo del nacionalismo ante un cambio de estrategia y su lectura sesgada del resultado electoral le van a llevar a optar por el camino del medio, prorrogando un final agónico del ciclo. Para ello echará mano de su proverbial victimismo, aprovechándose de su preeminencia institucional y la hegemonía social del nacionalismo, al tiempo que intentará cargar sobre los demás (socialistas y populares y, en menor medida, la izquierda *abertzale*) la responsabilidad de no dejarle gobernar e, incluso llegado el caso, tener que adelantar las elecciones, maximizando cualquier error de aquellos. De la responsabilidad y la inteligencia de la otra mayoría, muy particularmente de los socialistas con el gobierno de la nación al frente, depende aprovechar bien esta gran oportunidad para convencerle, no de que él es el ganador, pero sí de que sus objetivos políticos han salido derrotados por el pluralismo y la moderación de la sociedad vasca y, por tanto, hay que perder el menor tiempo y energía posibles para iniciar el nuevo ciclo, de momento, con él al frente y, aunque sea transitoriamente, en minoría. □